

*Reflexiones y vivencias sobre “verdad, justicia y paz” en El Salvador**

Hace unas semanas, después de mi regreso a España desde El Salvador, terminé de leer el libro *El día más esperado*, subtítulo con la leyenda *Buscando a los niños desaparecidos de El Salvador* y publicado por UCA editores, en el año 2001. El libro, escrito por Ralph Sprenkels, reconstruye la aventura humanitaria emprendida en 1994 por Jon Cortina, dirigida a la búsqueda de los niños y niñas desaparecidos como consecuencia del conflicto armado en El Salvador, y narra la experiencia concreta de algunos familiares de niños y niñas desaparecidos, miembros de la Asociación Pro-Búsqueda. La Asociación ha logrado con el esfuerzo investigador exclusivo de dicha organización, y frente a enormes trabas y obstáculos de los poderes públicos y de algunos sectores sociales, la localización de 170 niños desaparecidos, algunos de ellos muy lejos de su tierra de origen, siendo aun centenares los casos en espera de solución.

En mi viaje de ida a El Salvador, a finales de marzo del presente año, para participar junto con compañeros y compañeras de diversos países latinoamericanos en el Encuentro Mesoamericano “Verdad, justicia y paz” y en el Festival Verdad 2003, había leído también el libro *La agenda pendiente, diez años después (De la esperanza inicial a las responsabilidades compartidas)*, publicado por el IDHUCA, en el año 2002, y en el cual se analiza con rigor el cumplimiento y el incumpli-

miento de los Acuerdos de Paz de 1992, en El Salvador.

Ambos documentos proporcionan, sin duda, una reflexión crítica y objetiva sobre la reciente historia de este querido país centroamericano, antes y después del conflicto armado, al tiempo que nos recuerdan a todos desde el dolor de los mártires y desaparecidos salvadoreños, desde el sufrimiento de sus familiares y desde la exigencia del respeto y garantía de los derechos humanos, en cualquier lugar del mundo, la necesidad ineludible de enarbolar, ahora más que nunca, la bandera del pacifismo, concebido como una verdadera ética humana, basada en la solidaridad, la verdad y la práctica de la justicia, en cada pueblo y en toda la humanidad. Porque acordar la paz no es olvidar la justicia; ni tampoco acordar la paz significa ocultar la verdad. Hay que reivindicar, desde la sociedad, una paz justa, que comprenda el reconocimiento de los derechos económicos, sociales y culturales y, al mismo tiempo, hay que desenmascarar a quienes utilizan esta palabra como pretexto para la guerra, la violencia, la explotación y la ocultación de la verdad. Porque, sobre todo, la defensa de una paz justa, nos exige también decir no a la impunidad. Un pueblo al que obligan a olvidar su historia y no la reivindica, corre el peligro de perder su conciencia crítica y su propia dignidad.

* Elaborado por José Ramón Juárez Maya, Presidente de Abogados del Mundo, Valencia, España.

Señalaba hace unos días Carlos Castresana (el fiscal español que inició la denuncia contra Pinochet), que “la impunidad es el agujero negro de la justicia”; y quiero añadir, después de mi vivencia en El Salvador, que aquí, en esta tierra, la impunidad es además el dengue endémico de la paz; y con ese dengue no hay ser ni grupo humano que pueda convivir. Y como pudimos conocer y comprobar, como testimonian los documentos citados y otros muchos, la paz salvadoreña está llena de agujeros negros, que reclaman luz.

El razonado informe del IDHUCA sobre el cumplimiento e incumplimiento de los Acuerdos de Paz arriba citado, concluye en su última página de esta forma: “En las actuales condiciones del país, se debe considerar seriamente que el tiempo conspira contra una oportunidad histórica y probablemente irrepitable de lograr el verdadero protagonismo del pueblo salvadoreño, en la construcción y consolidación de una sociedad democrática y fundada en la vigencia de la justicia y el respeto a los derechos humanos”. Porque no es cierto que la realidad de El Salvador “sea un ejemplo de transición política y de reconciliación nacional”, como afirmaba hace unos meses el presidente del gobierno español, al recibir calurosamente a su homólogo Francisco Flores. En El Salvador, basta recorrer unos cuantos kilómetros en carro, para darse cuenta enseguida de la certeza de la conclusión del informe del IDHUCA, cuando señala que en este país, como en la mayor parte de Centroamérica, “una minoría privilegiada sigue manteniendo a la mayoría de la gente para su beneficio particular, en una situación de injusticia y exclusión; y la rueda de la historia de este país, da vueltas, pero en el mismo lugar”.

Después de escuchar a los familiares de las víctimas en El Salvador, de conocer su incansable lucha por la verdad y su tremendo dolor; después de acompañar a miles de salvadoreños por las calles de San Salvador, rechazando la guerra de Estados Unidos contra Irak y reclamando el ejemplo pacificador y la dimensión internacional de San Romero de América; tras comprobar sobre el terreno, la infinita capacidad de supervivencia de este querido pueblo hermano —muy a menudo en condiciones inhumanas—; después de constatar también el dinamismo y la seriedad de sus organizaciones sociales; estoy convencido, como lo estaba Segundo Montes, de que efectivamente: “no es tiempo todavía de cantar victoria por la vigencia

de los derechos humanos, pero tampoco es tiempo para la desesperanza”.

Pero no deja de ser cierta también, la existencia en El Salvador de un conflicto permanente, en el cual la memoria y la desmemoria se enfrentan día a día con medios claramente desequilibrados. Recuerdo dos vivencias con el denominador común de la figura de Monseñor Romero, que creo expresan claramente ese enfrentamiento. La víspera del veintitrés aniversario de la muerte de Óscar Romero, fui a visitar un centro escolar infantil de la Asociación Nuevo Amanecer de El Salvador (ANAES), organización no gubernamental de ayuda a la infancia necesitada salvadoreña. Allí pude vivir uno de los momentos más entrañables —y a fe que fueron muchos— de los que compartí con el pueblo de El Salvador. Un grupo de unos cincuenta niños de apenas cuatro o cinco años, escuchaban con mayor o menor atención la evocación que su profesora hacía de monseñor Romero con ocasión del aniversario de su muerte. Entonces, de una puerta cercana al lugar de la clase, surgió la figurita simpática y con la sonrisa mellada, de un niño de unos seis años que evocaba la figura del querido arzobispo salvadoreño. Vestido con camisa y pantalón negros, portaba estola y birreta cardenalicias de cartulina y una cadena de cordón con una cruz dorada sobre su pecho. En su rostro, unas gafas negras recordaban las de gruesa concha negra casi esculpidas en la imagen de Romero. El pequeño, a quien enseguida bauticé ante su profesora como “romerito de América”, llevaba una mochila de la que empezó a sacar los más diversos artículos, que repartía entre sus compañeros, mientras la profesora explicaba la bondad de monseñor Romero y su compromiso con los pobres y desamparados; y así, a uno le entregaba una camisa, a otro una galleta, un banano, y siempre con una sonrisa de complicidad. Era la memoria del pueblo sufrido, explotado y de su carismático pastor, hecha imagen y realidad a los ojos de los más pequeños, de la semilla que hará germinar ese ejemplo y ese recuerdo en las generaciones venideras de este país.

Al día siguiente acudí a la Capilla del Hospitalito, donde varios sacerdotes concelebraban una misa en recuerdo del asesinato de monseñor Romero, precisamente en este lugar, hace veintitrés años. La iglesita estaba llena, pero me llamó la atención la ausencia de niños y adolescentes; lo que pensé estaba justificado por tratarse de un día de labor escolar. Sin embargo, recién empezada la

eucaristía, entró por la puerta principal un extenso grupo de escolares uniformados, que creo procedían de un pueblo del interior del país y que fue recibido con aplausos por todos los asistentes. Entonces, uno de los celebrantes se dirigió a los asistentes y lamentó que el aniversario de la muerte de monseñor Romero fuera una fecha olvidada por las autoridades eclesiásticas y educativas del país y en especial por los colegios católicos; olvido que desde luego no era casual, sino que obedecía a una clara estrategia de la desmemoria, para erradicar de la conciencia colectiva el ejemplo y el compromiso de monseñor Romero y el testimonio de la verdad.

Las vivencias comentadas creo que reflejan con nitidez, el que creo es uno de los grandes asuntos sin resolver en El Salvador, desde la firma de los acuerdos de paz, hace diez años. A saber, el compromiso con la verdad y con la dignidad de las víctimas y sus familiares, como elementos indispensables de una paz justa y de la reconciliación nacional. En el libro al inicio citado, Jon Cortina lo define con exquisita y sencilla clarividencia: “alguna gente me dice: ¿por qué quiere seguir removiendo esas cosas?; ¿por qué siguen removiendo este dolor, por qué juegan con ello? Esas personas no entienden que lo que buscamos es exactamente mitigar el dolor, a través del hecho de que la familia pueda encontrarse con su hijo. A veces siento que no es un cuestionamiento real, sino que obedece a actitudes defensivas y a excusas políticas. Algunos dicen, incluso, que los niños quedarían peor si conocen a sus familias”. Y concluye el padre Jon, poniendo el dedo en la llaga: “En el fondo de un comentario así hay una tremenda discriminación hacia la gente más humilde de nuestra sociedad. Decir eso de cualquier ser humano es una barbaridad”.

Mitigar el dolor, sin duda, ese es el camino, porque como pude comprobar, escuchando el testimonio de los familiares de las víctimas, en El Salvador aún queda mucho dolor ignorado y oculto, bajo el miedo y el olvido. En El Salvador, todavía la impunidad es la norma y la justicia apenas alcanza la categoría de excepción, pese a la valiente y decidida lucha de los familiares de las víctimas y a la tarea incansable de algunas organizaciones defensoras de los derechos humanos. Re-



uerdo las palabras de Yolanda Carías, mujer sencilla y extraordinaria, que lucha ante las autoridades judiciales del país desde hace casi tres años, por que se esclarezca la verdad sobre el asesinato de sus hijos Guillermo y Federico: “La verdad me ha dolido, pero más me ha dolido haberla callado”. Y a continuación, llena de indignación y sabiduría popular, me contaba su entrevista con el Fiscal General de la República: “Cuando me entrevisté con el Fiscal General, me recibió amablemente y me dijo que le llevara las pruebas, y que él entonces exigiría las responsabilidades oportunas. Entonces, sorprendida y nerviosa le dije: ‘yo no soy policía, fiscal, ni abogado; es usted quien debe investigar quiénes y por qué mataron a mis hijos’”.

Y desde luego, el ejemplo de Niña Yolán no es el único. La denuncia de Hilda María Jiménez, madre de Katya, una niña de nueve años, quien apareció violada y asesinada, en el rancho de su abuelo, hace cuatro años, no es menos categórico: “Si mi caso o el caso Katia —como le llaman— queda en la impunidad, causará inmensa tristeza, indignación, repudio y desconfianza en todo nuestro país; pero el mundo entero sabrá que El Salvador está harto de vivir en la impunidad”.

No puedo dejar de destacar de modo especial la tenaz lucha durante ya casi nueve años de otra maravillosa mujer, Gloria Giralt, por la condena de los autores materiales e intelectuales del asesinato de su hijo Ramón Mauricio García Prieto. Así se manifestaba la niña Gloria, en su ya tradicional “Carta a Ramón Mauricio”, en el octavo

aniversario de su muerte: “nuestra lucha es desigual y continua, pero hemos logrado ir demostrando lo que siempre hemos dicho, descubriendo así esa cara oscura de nuestro país... y si realmente deseamos un mejor país para las nuevas generaciones, debemos de seguir luchando a cualquier costo por la verdad que lleva a la justicia”. En una habitación de su casa, la niña Gloria me enseñó el pequeño altar que evoca la memoria de su hijo. Allí quedó una imagen de la Virgen de los Desamparados, patrona de mi tierra valenciana, en testimonio de nuestra solidaridad. Ella me entregó un pequeño librito con los poemas que le escribió a su hijo el pasado año y que evocan una ausencia siempre solitaria y dolorosa. Aquí reproduzco el texto de uno de ellos, en homenaje a todas esas extraordinarias madres salvadoreñas que desde el dolor luchan por la verdad, la justicia y la paz.

He recogido todos mis pedazos
en el rompecabezas del destino,
pero siempre me falta tu caricia
y no me puedo armar.

Quienes te arrebataron,
en este mundo nuevo que me crearon
génesis del dolor...
Me quitaron la flor, el mar, la brisa
y por supuesto el sol, con esa luz feliz
de tu sonrisa.

A la íntima vigilia
sumergida
en el latir incierto de mi vida
¡No arriba tu alegría!
Y es un péndulo suave mi agonía
que recorre tu ausencia día a día
¡Sin hallarte jamás!

Entre las vivencias que tuve en El Salvador, en relación con los testimonios de las víctimas del conflicto armado, sin duda, el más sobrecogedor fue el de Salvador García, sobreviviente de la masacre de La Quesera, en el Bajo Lempa. Participaba Salvador en la mesa sobre verdad del Encuentro Mesoamericano y su presencia me llamó la atención, porque siempre le veía acompañado por una mujer de mediana edad y una niña de unos dos años, a quien casi siempre sostenía en sus brazos. Mi participación en la mesa de trabajo sobre la paz, me había impedido conocer, a lo largo del Encuentro, el motivo de su presencia, aunque en los descansos de las sesiones, varias veces nos acercamos a preguntarles por la niña, que nos re-

cordaba mucho a nuestra hija pequeña. Ya al final, le pregunté a Jon Cortina por esta familia y nos explicó quién era Salvador. Ante nuestro interés por hablar con él, Jon nos advirtió que fuéramos prudentes. El último día del Encuentro, nos dirigimos a saludarlo y le dijimos que nos gustaría conocer su testimonio, ya que no habíamos tenido oportunidad de escucharlo en las sesiones. Lo que a continuación nos relató Salvador, es el testimonio más horrible que he podido escuchar en mi vida, y por supuesto, no describiré aquí algunos detalles escabrosos sobre la matanza de muchos niños de su aldea. Salvador nos contó en unos minutos la masacre de La Quesera, en la zona del Bajo Lempa, donde las fuerzas militares aniquilaron, creo que en el año 1981, prácticamente a todos los habitantes de la aldea, hombres, mujeres y niños. “Nos iban reuniendo en pequeños grupos, y la gente se quedaba tan paralizada por el miedo que no podían correr; inmediatamente comenzaban a disparar a los niños, las mujeres, los ancianos... a todos; yo me salvé, porque me iba escapando de un grupo a otro cuando empezaban a disparar”. Y ¿qué fue de los suyos, de su familia?, le pregunté. La respuesta de Salvador nos dejó a mi mujer y a mí helados: “yo perdí a mis siete hijos y a mi esposa”. No supimos qué decirle. Le acaricié el hombro afectuosamente y nos hicimos una fotografía para no olvidarle nunca.

¡Tanto dolor ignorado! ¡Tanto dolor escondido bajo el miedo y el olvido, bajo la ocultación de la verdad! Un dolor que solo puede ser mitigado con la terapia de la verdad. Porque “Pretender construir una sociedad más justa sobre el olvido de todos aquellos que, víctimas de la represión, cayeron buscando libertad, dignidad humana y justicia social, sería una aberración”, señalaba en estas páginas José María Tojeira, ya en 1996. En la última conferencia del Encuentro, tuve el honor de compartir ponencia con el Rector de la universidad. Sus palabras ponían punto final a tres días de debate constructivo, de emocionado recuerdo de las víctimas y de denuncia contra la impunidad, afirmando un compromiso que nos alcanza a todos: “yo mismo sería indigno, si no reclamara verdad y justicia para mis hermanos jesuitas mártires y para todos los mártires y víctimas de nuestro pueblo”.

Como reza la declaración final del Encuentro Mesoamericano, nos reunimos en un ambiente fraterno y solidario, representantes de organismos no gubernamentales internacionales, organizaciones sociales, servidoras y servidores públicos, víctimas

y especialistas en derechos humanos de México, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Panamá, Colombia, Perú, Argentina, Inglaterra, Estados Unidos de América, España y El Salvador. Desde luego, allí todos renovamos nuestro compromiso con la verdad, la justicia y la paz; pero, sin duda, lo más importante fue comprobar, una vez más, que en ese compromiso, en esa lucha contra la impunidad quizá estemos aislados, pero no estamos solos. Por eso es necesario ir tejiendo una "red" solidaria contra la impunidad, por el rescate de la memoria histórica y por el esclarecimiento pleno de la verdad, en relación con las graves violaciones de derechos humanos y crímenes contra la humanidad, en América Latina. En el horizonte está la cita del mes de marzo de 2005, y la conmemoración del veinticinco aniversario del Martirio de San Romero de América, patrono de los derechos humanos.

Desde ahora hay un largo camino que recorrer. Un camino que ya comienza a pisar la rueda de la historia en El Salvador con el impulso de la movilización social y el progresivo avance de la izquierda política. La victoria del FMLN en las últimas elecciones municipales y legislativas, celebradas la víspera de nuestra llegada a San Salvador, demuestran que, pese al desencanto social, ante las

perspectivas de la acción política de dicho partido tras los acuerdos de paz de 1992, el deseo de justicia y desarrollo social sigue profundamente arraigado, en la mayoría de los ciudadanos del país. Por ello, dar cauce a esa demanda social con programas de gobierno avanzados, con candidatos renovados y creíbles y con una acción política honesta y crítica con la alianza conservadora, constituyen los elementos básicos del reto que tiene ante sí el FMLN para alcanzar el año próximo la presidencia del país. Por su parte, el movimiento social, sin duda muy rico, pero excesivamente atomizado, comienza a obtener una importante presencia ciudadana, tras muchos años de trabajo. La reciente huelga del Seguro Social, con todos sus ingredientes corporativos, ha supuesto un hito en la movilización ciudadana contra la política privatizadora de los servicios públicos, propugnada de forma decidida desde ARENA. No es tiempo, pues, para la desesperanza; porque como cantaban los miles de asistentes al Festival Verdad 2003 a coro con el Quinteto Tiempo, el pueblo de El Salvador unido, jamás será vencido.

José Ramón Juániz Maya
Presidente de Abogados del Mundo
Valencia, España.